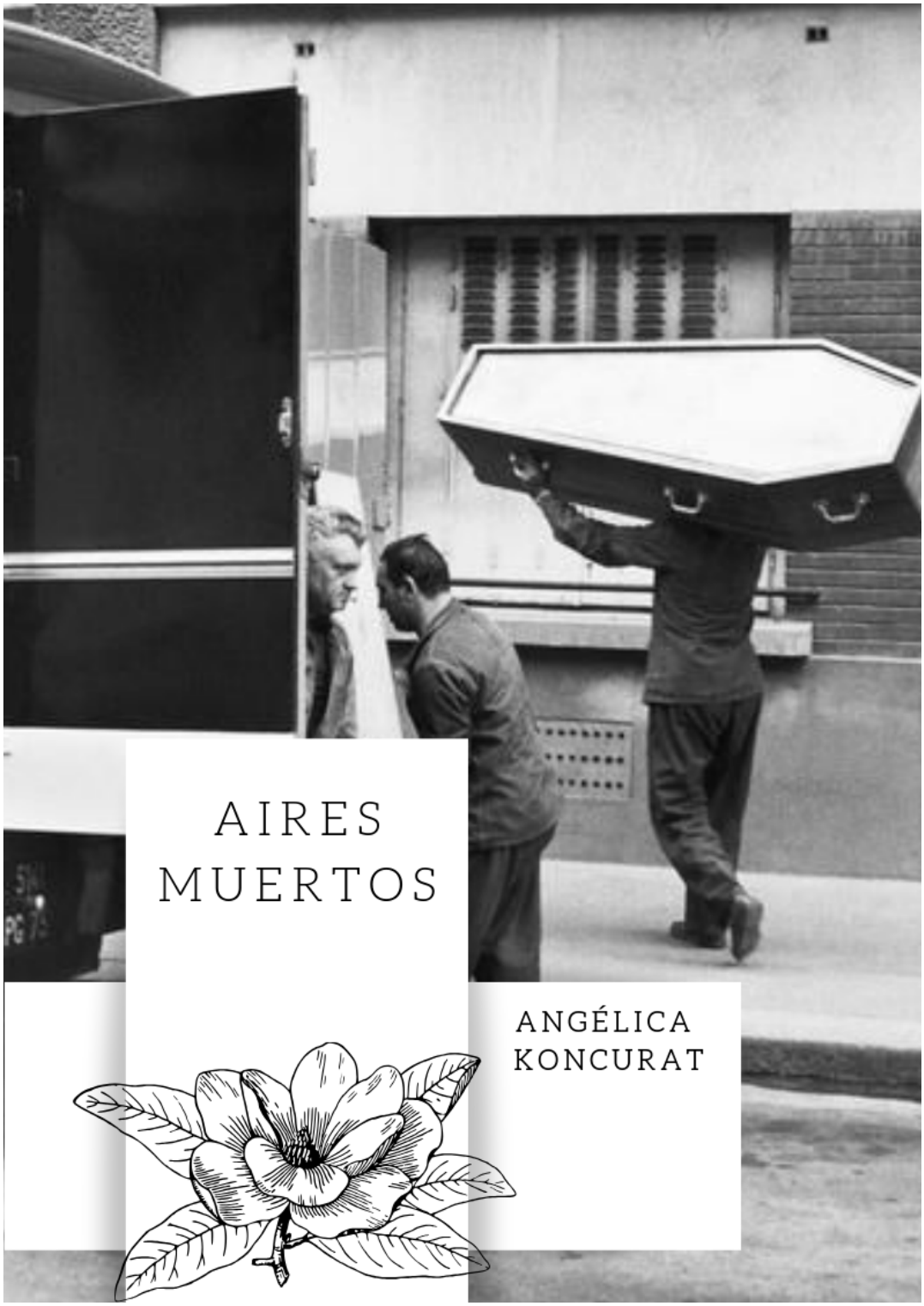
Aires Muertos

Angélica Koncurat Savid



Capítulo 1

Esta es la historia de tu muerte.

Los hechos, lugares y personas pertinentes han sido adulterados para no violar la palabra sagrada: En cuanto se refiere a ese día y a esa hora, no lo sabe nadie. (Mt. 24, 36).

Presente

Te levantás. Habías supuesto que el cansancio se haría más pesado con el paso de los días, pero no es así. Al contrario, estás durmiendo poco y cuando despertás, el cuerpo te rebosa de energía.

Salís de tu casa a la calle. Y te encaminás directo a lo del Negro. Por suerte es tu vecino. Le tocás tres veces la ventana y pocos segundos después, abre la puerta.

—Salí vos, no quiero saber nada más con estar adentro.

Él sonríe y asiente. Se despereza y ataja un bostezo con la mano.

—Siempre con tantas pilas, vos.

Te encogés de hombros. No es que pediste eso, simplemente te tocó. Aunque es cierto que es algo significativo. Caminan un rato charlando y mirando alrededor. Todavía no te acostumbraste del todo a estar ahí. Es chico y siempre ves las mismas caras. Extrañás el entorno de ciudad con los edificios altos cubriéndote todo el tiempo y funcionando como pared de cualquier mal. En especial, protegiéndote de la chusma. Lo peor de los espacios pequeños es que la gente sabe todo de todos. Y para no tener la costumbre, es realmente exasperante.

—Te juro que yo no sé cómo hacés para que no te moleste que sepan lo de Flor.

El Negro sonríe.

—Ya estoy acostumbrado. Aparte, de alguna forma me ayuda. La gente quiere que terminemos juntos, y yo también.

—¿Y si a ella le pinta estar con otro?

—Me la tendré que aguantar. —El Negro hace un gesto como para quitarle importancia—. Mucho tiempo no nos debe quedar, por ahora somos

amigos y a mí me alcanza. Obvio que si da algo más, mejor.

—Siempre tan calmo, vos.

—Supongo que es lógico.

Lo mirás y empiezan a reír. Nunca te imaginaste cómo serían las cosas en ese lugar. Incluso si hubieses hecho el esfuerzo, no lo hubieses conseguido. Antes, cuando solo pasabas de visita con tu familia, lo veías lúgubre, muerto. Lejos de un lugar para pasar la noche, menos que menos, la vida. Era bastante oscuro para ser pequeño y definitivamente nada acogedor. Invitaba más a salir corriendo que a mudarse, pero el destino tenía otros planes para vos. Y bueno, acá estás.

Capítulo 2

Presente

Continúan avanzando por la calle angosta y vieja. Al pasar saludan a la señora de Duarte, que les devuelve el gesto con su aire de diva. Algunas cuadras más allá pasa corriendo el nene de Belgrano y así con casi todos los vecinos. Eso es lo que tienen los barrios cerrados.

—¿Y cómo te vas adaptando?

El Negro insiste en el tema. No tenés tantas ganas de hablar de eso pero sabés que si no le decís algo concreto, se va a poner pesado hasta que lo consiga.

—Te juro que bien. O sea, cuando llegué… la transición fue un poco caótica. Y para hablar con sinceridad, extraño bastante. Pero ando con mucha energía. ¿La tuya cómo fue?

Ramiro sonríe, se toma su tiempo para responder. Después de un par de cuadras, habla:

—Fue bastante complicado. Al principio no entendía nada. Me costó adaptarme. Aunque los tenía a Nacho y a Flor. Menos mal. No sé qué hubiera hecho sinó. Como nuestras familias tienen terreno hace rato… lo fuimos peleando entre los tres.

Te quedás en silencio. Vos los tuviste a ellos para que te pusieran al tanto de todo. Te imaginás llegar sin conocer a nadie (al menos en persona) y te recorre un escalofrío.

Todo era y es bastante estrafalario, hasta con indicaciones. Pero a las personas del lugar no parece molestarles. Hacen su vida normal. Hay algunos más precarios que otros. Como en cualquier lugar. Están los ordenados, amantes de las reglas del vecindario. Por otro lado, aquellos a los que todo les da igual. El otro día incluso conociste a una mujer que se pasa la noche y el día durmiendo. Te dio un poco de impresión. Nada tan desesperante como quedarse encerrado en uno mismo… en fin, adaptación. A eso se reduce la especie humana. Suponés que podría haber sido peor. El barrio no es lindo, pero tiene mucha más vida de la que te habías imaginado, como en esos countrys alejados del mundo que se rigen por sus propias reglas. Casi todos los días hay alguna actividad programada. Al principio de la jornada hay clases para los más chicos. Juntadas para los más viejos con mesas de truco incluídas (siempre se quejan de que les falte el mate). Hay clubes de cuenta-cuentos (muy pocos tienen libros). Y hace poco se abrieron dos pseudo-bares que innovaron poniendo floreros como vasos. Además tiene todas las cosas

típicas de barrio grande o ciudad pequeña: hay una señora a la cual llaman Doña Florinda, porque está desquiciada con respecto a los arreglos florales. Se roba las flores de las casas y decora las paredes, puertas o ventanas de otras. Para vos es más que nada una incomprendida. Te gusta cuando agarra los claveles rojos que siempre trae tu mamá. También hay un intendente corrupto. Nadie sabe bien cómo llegó al puesto. Antes trabajaba de cuidador de cementerios. El chisme dice que en la oscuridad se acuesta con la esposa de su hermano. Las señoras grandes van a la capilla. El sacerdote es bastante jovencito. Le gusta prender velas. De esas siempre sobran porque la electricidad no funciona para nada bien. Pocas casas tienen focos de luz. Así que la cera abunda.

Tu mamá siempre trae velas. Le gusta prenderlas a todas horas del día. Intentás dejar una ventana abierta para que el viento las apague y puedas usarlas de noche. No querés que se ofenda. Últimamente pasa casi todo el día ahí adentro y está obsesionada con la llamita incandescente. Intentás trasmitirle buena energía. No la ves con tanta vibra positiva como antes y eso te preocupa.

Tus amigos insisten en que no hay demasiado que puedas hacer. Está en su momento de transición, como vos en el tuyo. Pensás que a lo mejor tienen razón, pero un poco te duele.

Finalmente tus pasos se detienen. LLegan al destino deseado: El bar Bizóm. Es la última moda. Tiene unas velas encendidas a los costados de las puertas. La fachada es de mármol y con el techo de hierro y dos aguas. Tras el umbral hay una recepción pequeña, con poca luz y unas escaleras que descienden. El Negro y vos pasan por ahí saludando con un gesto de cabeza a la chica que recibe a la gente. Ya son habitué.

En el piso de abajo, al fondo, en unas mesas apartadas, está sentada Flor. Ramiro se acomoda el cuello de la camisa y se pasa una mano por el pelo. Vos mirás para arriba y suspirás. Ojalá Nacho no tarde mucho.